

461
C
PS 2263

AG8

1885

PROLOGO.

Durante mucho tiempo, casi desde la Independencia, la juventud mexicana, ha tenido constantemente los ojos fijos en el movimiento literario que se ha verificado en Francia y en España, y como era natural, comenzando por prestarle una atención exclusiva, acabó por imitarlo, produciendo obras que no eran sino el reflejo de los modelos que tenía á la vista.

De aquí ha resultado que nuestra

literatura con pocas excepciones ha sido, como nuestras Bellas Artes, imitativa, y basta tener un conocimiento somero de ella para comprenderlo en el instante.

Si algunos críticos mexicanos y extranjeros al estudiar las obras de nuestros poetas anteriores á 1861, han podido descubrir los caracteres que distinguían á las escuelas llamadas clásica, romántica ó ecléctica que se disputaban el dominio literario en la Europa latina, es que efectivamente esa tendencia está marcada en tales obras sin disimulo, sin modificación, á veces con esfuerzo tan ostensible, que no dejaba ni el menor rastro de un carácter propio y original.

Porque aquellos poetas y litera-

tos se empeñaban en seguir fielmente las huellas de los corifeos á quienes admiraban con el apego servil de un sectario religioso que considera como heregía el apartarse un ápice de la idea, del lenguaje y aún del continente del gefe de su religión. Y desconociendo el medio en que vivían, menospreciando los ricos tesoros que les brindaba el suelo vírgen en que acababa de surgir su nueva Patria con todos los atavíos de la juventud, de la belleza y de la gracia, con todos los encantos de lo desconocido y de lo inesperado, con su sorprendente historia antigua desnaturalizada por la ignorancia conquistadora, pero revelada por los monumentos y las lenguas, con su historia de tres siglos velada por el

interés del dominador, pero viva en el odio popular, con su admirable epopeya de la insurrección calumniada por el despecho, pero glorificada por la gratitud, con los mil elementos del suelo, del clima, de las lenguas, de las instituciones y de las costumbres, todo propio, todo peculiar, todo nuevo para Europa, y todo á propósito para dar á una literatura la fisonomía nacional, desconociendo todo esto, repetimos, se lanzaron aquellos poetas y literatos en pos de gastados modelos y por trillados caminos en busca de la triste nombradía, que es, á lo sumo, la recompensa del satélite ó del imitador.

Y mientras que eso pasaba en México, en el pueblo vecino del norte

y en los pueblos latinos del Sur habia nacido y crecía robusta y pomposa una literatura nueva y esencialmente americana, que parecía traducir en sus acentos los gritos marciales de las guerras de libertad, los mugidos de sus mares, los murmullos de sus ríos y de sus selvas, los cantos de sus indios y de sus meztizos y las palabras armoniosas de sus mujeres. En los poemas, en los discursos, en las novelas, en las mil formas que adoptó el pensamiento en aquellos pueblos y en aquellos días, se descubre luego el fuerte colorido local, algo del cielo, de las montañas, de las praderas, de los lagos de América; algo del fresco aroma de los bosques y del misterioso silencio de las soledades. Esa es literatura propia.

No son versos friamente imitados para que luego dijieran Bermudez de Castro y Zorrilla que los mexicanos no hacían mas que plagiar sus obras, acusación que habrían podido repetir, después Selgas, Becquer, y Grilo con la misma razón.

No: el gran venezolano Andrés Bello, no tiene modelo en Europa; antes él puede servir de ejemplo de concepción profunda y de sublime belleza artística; ni el ecuatoriano Olmedo ha podido encontrar norma para su grandioso canto épico en ninguna epopeya española; ni el argentino José Mármol ha bebido su indignación profética contra los tiranos, ni su fe en la libertad en ninguna oda castellana. Si Esteban Echeverría ha sido llamado el Lamartine

del Plata no fué porque imitara al poeta francés, sino porque poseía cualidades que lo ponían en parangón con el autor de las *Meditaciones*. Pero «*La Cautiva*» no tiene nada de común con «*Jocelyn*». Por último, hoy el colombiano Jorge Isaacs, no fué á buscar á Europa la inspiración que ha hecho de su «*María*» un poema inmortal que conmovè siempre á nuestro Mundo. Bastáronle las soledades vírgenes del Canca, su genio y las emociones de su propio corazón.

Si en algunas de esas Repúblicas latinas del Sur, se apaga hoy en el espíritu de unos pocos ese entusiasmo ferviente por la literatura patria, y se alzan algunos altares al ídolo de la imitación, esa apostasia ni es ge-

neral ni puede ser duradera. La ha engendrado la vanidad y la han incubado ciertas pretensiones políticas de origen bastardo que no subsistirán. El alto ejemplo de Bello y de Olmedo, los dos patriarcas de la literatura americana acabará por sobreponerse al esfuerzo que hacen las medianías serviles por torcer el curso que seguía magestuosamente el carácter nacional.

Eso en cuanto á los pueblos de la América del Sur. Que en cuanto al pueblo de los Estados Unidos, la obra está consolidada y la Nación es demasiado altiva para no ser independiente hasta en el dominio de la literatura y de las Bellas Artes.

Allí hace tiempo que nació y que prospera una literatura nacional. Ese

gran pueblo quiso tener instituciones propias y las tuvo; no parecidas á las de la antigua Grecia, ni la antigua Roma, ni de las repúblicas italianas de la Edad Media, sino suyas, formadas en parte con las costumbres inglesas, pero perfeccionadas con la libertad americana. Y esa república vive, crece y prospera. Quiso tener ciudades, acueductos, puentes, caminos, faros, ejército, marina, agricultura, industria, riquezas, todas las maravillas de la civilización, é improvisarse todo eso en los antiguos desiertos, en las intrincadas florestas, entre los hielos del invierno, á orillas de los ríos caudalosos, de los lagos enormes, de los mares inexplorados; y en efecto, en un solo siglo realizó su deseo y se igualó en gran-

deza material á las viejas naciones del mundo que no han alcanzado ese poderío sino después de millares de años. Y hoy, las ciudades existen, han surgido como por encanto del seno de las selvas seculares ó de las llanuras, ó de las marismas; el buque de vapor se abre paso á cada instante ruidoso y potente ora por entre las aguas de los ríos y de los lagos que antes no cruzaba sino de tarde en tarde la débil piragua del indio, ora por entre las ondas encrespadas de aquellos mares por las que apenas se deslizaba hace un siglo tímida y solitaria la barca del aventurero. Y cien locomoras llenan de humo el espacio, atraviesan en todas direcciones aquellas vastas praderas que antes no frecuentaban

más que las tribus nómades y en que no solía verse á lo léjos sino como imperceptible nubecilla el humo del aduar; y donde antes no había más que lianas, ahora hay redes de telégrafos, puentes magníficos, prodigios del arte; y donde no se elevaba al cielo más que el himno de la naturaleza, hoy se escuchan los himnos del trabajo en las fábricas, y los himnos de la gratitud que entonan los creyentes bajo las bóvedas de los templos en la lengua de todas las religiones, concierto sublime, obra del genio y de la libertad!

¿Cómo era posible que un pueblo que habla hecho tantas cosas por su grandeza política y material no pensase también en su grandeza intelectual?

Se dijo alguna vez en la América española, que si es verdad que en los Estados Unidos del Norte había todos esos elementos de riqueza pública y de bienestar político, en cambio faltaban elementos no menos necesarios á la vida social, á saber: la cultura literaria y la cultura artística. Allí no florece la poesía, allí no florecen las Bellas Artes. Esto se afirmaba muchas veces y por personas que no parecían vulgares; aún se llegó á escribir esto y corrió con cierta popularidad. No era más que una de tantas falsedades que suele poner en boga la fatuidad latina.

Tenemos que repetirlo. Mientras que en México todavía se imitaban los modelos españoles ó franceses, en los Estados Unidos del Norte

había ya una literatura nacional; había nacido con las instituciones representativas, la oratoria cívica; con el orgullo de la Patria independiente, la historia; con la actividad, las ciencias nacionales que comenzaron á ser los númenes familiares de los exploradores, de los marinos, de los agricultores, de los menestrales, de todos los que buscaban en el seno de la tierra, al través del océano ó en las faenas del taller, un elemento de riqueza; y la contemplación de las bellezas naturales, de los esfuerzos humanos y de los beneficios del cielo dió vida á la poesía, á una poesía virginal y grandiosa, robusta y varonil que no nació llorando por la pérdida de sus ilusiones, ni lamentando errores, ni refugiándose en un

misticismo enervante; sino llena de esperanzas, de fé en el porvenir, creyendo en la Libertad y adorando á Dios, no como á una Divinidad siempre iracunda y vengativa, sino como á un Númer benéfico, paternal y dispensador de consuelos y de recompensas.

Así debe ser caracterizada la poesía norte americana. Esto no es decir, que no hayan florecido en los Estados Unidos, algunos poetas, muy pocos en verdad, y de mezquina nombradía que no hayan sido imitadores de algunos poetas europeos, no; los ha habido; y era natural que los hubiese; el instinto de la imitación es invencible en los espíritus medianes y suele á veces arrastrar aún á los espíritus superiores.

Además, el estilo de Byron por un lado y el de Walter Scott por otro, seducían por aquellos tiempos á no pocas imaginaciones americanas que ora se sumergían en el océano amargo y melancólico de la poesía del primero ó bien encumbraban con el segundo las alturas artificiales de un optimismo convencional. Pero estos imitadores que aún hoy suelen aparecer, son pocos y no forman verdaderamente la escogida legión de los poetas nacionales.

Esta se ve acaudillada por una pléyade de brillantes cantores, que han hecho en los Estados Unidos del Norte, lo que Bello, Olmedo, Gómez y Mármol hicieron en la América del Sur, esto es: señalar el verdadero giro del genio poético de su

Patria. Este grupo se compone de Longfellow, Whittier, Bryant, Holmes, Lowell y Emerson, seis patriarcas, seis creadores, seis pontífices del nuevo culto á la Poesía americana,

No hablaré ahora mas que del primero con motivo de su nuevo poema «Evangelina» que acaba de traducir en elegantes versos mi querido amigo y discípulo, el joven poeta Joaquin D. Casaus.

¿Quién es Longfellow? ¿Por qué en los Estados Unidos se le considera como uno de los primeros poetas, si nó el primero, y como eminentemente nacional?

Henry Wadsworth Longfellow, según uno de sus numerosos biógrafos americanos, nació en Portland, Estado del Maine, el 27 de Febrero

de 1807. Su padre Mr. Stephen Longfellow, nativo de Gorham, Maine, entonces distrito de Massachusetts, era descendiente de William Longfellow, de Newbury, en el mismo Estado, que nació, en Yorkshire, Inglaterra, en 1851 y emigró à América en su primera juventud. Mr. Stephen Longfellow, descendiente en la cuarta generación de este sujeto, nació en el año en que las colonias declararon su independenciam. Graduóse en la Universidad de Harvard á los veinte y dos años y se consagró á la Jurisprudencia, trasladándose á Portland al principiar este siglo. Fué un buen jurisconsulto, como lo atestiguan los anales de Maine y de Massachusetts, y miembro del congreso nacional. Tambien fué

presidente de la Sociedad Històrica de Maine. En cuanto á la madre del poeta, era descendiente de John Alden. Así pues, este viejo puritano contó entre su posteridad á dos poetas, Willian Cullen Bryant y Henry Wadsworth Longfellow.

Este último, apenas tuvo edad para comenzar á aprender, fué puesto en la escuela dirigida por Mr. Fellows en una casa pequeña de Spring Street. Mas tarde fué á la escuela particular de Nathaniel Caster y después á la Academia de Portland bajo la direccióu del mismo maestro y de Bezaleel-Cushman, hasta que entrò en el colegio Bowdoin á la edad de catorce años. Su curso fué notable, pues en él encontró, entre otros hombres que alcanzaron un puesto

eminente en la literatura á Nathaniel Hawthorne, el gran prosista americano, á George B. Cheevel y á J. S. C. Abbot: ilustres literatos y que deben contarse también entre los patriarcas de las letras americanas. Graduòse en 1825 y poco después fué nombrado profesor de lenguas modernas. Aceptò este nombramiento con el privilegio de ir al extranjero por espacio de tres años, con el objeto de prepararse mejor á llenar sus deberes, y al año siguiente se dirigió á Europa.

Durante los últimos años que pasó en el colegio antes de este viaje, el futuro profesor había contribuido, aunque modestamente, á la poesía de su país natal. No había entonces en la América del Norte ningún poe-

ta, con excepción de Bryant, ni periódicos en los Estados á los cuales pudiesen los jóvenes enviar sus composiciones. Habíanse hecho algunos esfuerzos para establecerlos, pero sin éxito porque ó morían después de una lucha de pocos meses, ó se refundían en otros que á su turno desaparecían. Hubo en Nueva York una «Literary Gazette;» luego un «Atlantic Magazine;» y después el «New York Review and Athenæum Magazine» del que Bryant fué el primer editor. Este se convirtió en el «New York Literary Gazette and American Athenæum» que luego terminó siendo el «United States Literary Gazette.» En las páginas de esta última publicación que salía simultáneamente en

Nueva York y en Boston, fué donde vieron la luz las primeras poesías del joven estudiante del colegio Bowdoin.

Estos primeros ensayos fueron con raras excepciones, imitativos, bien de los poetas á quienes Longfellow leía más y admiraba, ó bien del género poético de la época. Una lectura atenta de la «United States Literary Gazette» demostraría sin duda que Longfellow no es el último cantor americano joven ó viejo en cuyas obras se vea impreso el espíritu del autor de «Thanatopsis.» Esto es perceptible en las primeras composiciones de Longfellow que parecen inspiradas más bien en los libros que en la observación. Los viajes, otros estudios y el progreso

que era la consecuencia de la edad, apartaron al poeta de este camino de sus primeros años, comenzando á formarse en él ese carácter de originalidad que lo distingue.

Regresó á los Estados Unidos, continuó en el ejercicio del profesorado, y á los veinticuatro años se casó. Poco después, en 1833, publicó su primer volumen que contenía una traducción de las «Coplas de Jorge Manrique» precedidas de un «Ensayo sobre la Poesía Moral y Religiosa de España» y seguidas de otros estudios españoles y de siete sonetos de Lope de Vega, de Aldana, de Medrano y de otros.

En 1835 publicó «Outre Mer» libro de viaje en que el poeta da cuenta de sus impresiones en Europa du-

rante los tres años que permaneció allí. Este libro aumentó su reputación y lo hizo designar para suceder al célebre Ticknor en el profesorado de literatura y de lenguas modernas en la Universidad de Harvard. Aceptó este puesto, renunciando el que tenía en Brunswick y por segunda vez se dirigió á Europa con el objeto de completar sus estudios sobre la literatura del Norte de Europa. Permaneció allí poco más de un año, pasando la primavera en Dinamarca y en Suecia y el otoño y el invierno en Alemania. La súbita muerte de su mujer en Rotterdam suspendió su viaje y sus estudios hasta la primavera siguiente en que pudo continuarlos en el Tirol y en Siuza, regresando á los Estados Uni-

dos en Noviembre de 1836 y entrando luego á desempeñar su encargo, el que mantuvo por espacio de diez y ocho años.

En 1839, después de haber escrito en la „North-American Review„ (1837) algunos estudios importantes sobre el „Frithiof's Saga„ y sobre los „Twice-told Tales„ de su compañero de colegio Hawthorne, cuyo talento él fué de los primeros en adivinar; y sobre la „Literatura Anglo Saxona„ y „París en el siglo décimo sétimo„ publicó „Hyperion„ novela que fué seguida de la colección poética „Voces de la noche„ en que se encuentran los pequeños y bellos poemas „The Psalm of life„ „The Beleaguered City„ y „Footsteps of Angels„

En 1842, aparecieron „Baladas y

otros poemas„ colección en que Longfellow se muestra ya con su verdadero carácter original y más maduro si no más robusto que en las „Voces de la noche„ En este volúmen salió á luz su poesía más popular y en la que la intención moral supera á la forma poética „Excelsior„

Después de haber publicado „Baladas y otros poemas„ Longfellow hizo su tercer viaje á Europa y pasó el verano á orillas del Rhin. Volvió á los Estados Unidos pocos meses más tarde trayendo consigo numerosas poesías que había escrito en el mar y en las cuales expresa con energía su odio á la esclavitud. Los „Poemas sobre la esclavitud„ fueron publicados en 1843 y dedicados á

W. E. Channing, que no vivió lo bastante para poder leer cuanta era la admiración que el poeta tributaba á su carácter y á su obra. Esa dedicatoria contiene este nobilísimo verso:

"Well done! Thy words are great and bold;

"At times they seem to me

"Like Luther's in the days of old,

"Half battles for the free."

En 1843, Longfellow se casó en segundas nupcias y adquirió la propiedad de la casa conocida con el nombre de "Craigie-House" cerca de la Universidad de Harvard en Cambridge, en que vivió hasta su muerte, y que debía ese nombre á Andrés Craigie, uno de sus anteriores propietarios. En ese mismo año publicó el "Estudiante español," comedia en tres actos.

En 1846 "La torre de Brujas y otros poemas" y en 1847 "Evangelina," su poema más famoso y más conocido en el mundo literario.

En 1849 salió á luz su novela "Kavanagh," en 1850 "A orillas del mar y al amor de la lumbre" y en 1851 "La Leyenda de oro." En 1855 publicó "El canto de Hiawatha," "Los amores de Miles Standish;" "Cuentos de una posada" "John Endicot" y "Miles Corey" dramas histórico (1868) "Tres libros de cantos" (1872) en el que inserta varias traducciones de cantos orientales y "Kéramos y otros poemas," volúmen que encierra doce traducciones de poetas franceses, alemanes é italianos.

Desde 1854 en que había renun-

ciado su cátedra de la Universidad de Harvard se había retirado al seno de su familia, viviendo apaciblemente entregado á sus tareas literarias en aquella hermosa casa, construida en la primera mitad del siglo pasado por el coronel John Vassal y que había honrado Washington, habitando en ella después de la batalla de Bunker's Hill y mientras preparaba el sitio de Boston, y en que habían vivido también por temporadas hombres célebres en las letras como Everett el orador, Sparks el historiador y Worcester el lexicógrafo.

Allí rodeado de amigos, visitado por cuantas personas eminentes tenía el país, admirado por propios y extraños, adorado por su familia y

sus discípulos, disfrutando de todas las comodidades que una vida sobria y sus numerosos trabajos recompensados en aquel pueblo inteligente habían podido procurarle, Longfellow, gozó en su tranquila y serena ancianidad de una gloria que fué tanto menos disputada cuanto era más pura y merecida por su noble inspiración y por sus excelentes virtudes, siendo llorado cuando murió el 2. de Marzo de 1882 por la gran nación cuyo ornamento había sido durante 75 años, que fueron los de su vida, útil y gloriosa.

Fueron sepultadas sus cenizas en el cementerio de Mount Auburn, en donde lo mismo que en su casa, se renuevan cada día los peregrinos admiradores del gran poeta.

Tal fué Longfellow, el autor de "Evangelina."

Ahora bien: ¿y qué es este poema?

Pues este poema que con el "Canto de Hiawatha" constituye el verdadero título que tiene Longfellow, á ser llamado uno de los patriarcas de la Literatura Nacional americana, es un poema esencialmente americano, por su asunto, por su colorido, por el carácter descriptivo que lo distingue, tanto respecto de los cuadros, como respecto de los personajes, en fin, por el reflejo que se contempla en él, de la vida y de la naturaleza americanas. Los lectores pueden conocerlo en la fiel y elegante traducción del joven poeta mexicano, que tan admirada fué en el Liceo Hidalgo, cuando su autor le dió

lectura. No hablaré, pues, de su trama, ni de las mil bellezas que contiene. Esto será apreciado por el lector, á su tiempo.

Sólo referiré porque es necesario, y porque pocos de los estudios que se han escrito acerca de Longfellow hablan de ella, la tradición de la que el poeta sacó los elementos, para su poema conmovedor, Y no haré más que traducir del inglés la "Introducción histórica," que precede á Evangelina, en la colección publicada en Boston en 1880, con el título de "Americans Poems."

El país, dice, conocido ahora con el nombre de Nueva Escocia, y llamado primeramente Acadia por los franceses, estuvo alternativamente

en poder de éstos y de los ingleses hasta el año de 1713, en que por la paz de Utrecht fué cedido por Francia á la Gran Bretaña, y desde entonces permaneció en poder de los ingleses. Pero en 1713, los habitantes de la Península eran en su mayor parte, aldeanos y pescadores franceses cerca de Minas Basin y en Annapolis River, y el gobierno inglés solo ejercía sobre ellos un poder nominal. No fué sino en 1749, cuando los ingleses mismos comenzaron á fundar establecimientos en el país, y en ese año pusieron los cimientos de la ciudad de Halifax.

Los celos comenzaron á surgir entre los colonos, ingleses y franceses, que se exacerbaron por el gran conflicto que á la sazón dividía á las dos

metrópolis; porque el tratado de paz de Aix-la-Chapelle en 1748 que confirmó á los ingleses el derecho á la Nueva Escocia, apenas fué una tregua entre los dos poderes que habían estado luchando por ese dominio, desde el principio del siglo. Los franceses se empeñaron en una larga controversia con los ingleses, respecto de los límites de la Acadia, que habían sido definidos por los tratados en términos generales y se urdieron intrigas entre los indios que simpatizaban generalmente con los franceses, para molestar á los colonos ingleses. Los Acadianos estaban unidos á los franceses por la sangre y por la religión, pero reclamaban el derecho de permanecer neutrales, y pedían que este derecho les fuese ga-